

## SUEÑOS ROTOS

Agnes no cabía en sí de gozo, tenía entre sus manos el tan ansiado título de médica. Años de duro estudio, alternándolo con trabajos, quedándose hasta altas horas de la noche; pero ya había logrado su meta. Su imaginación volaba, se veía trabajando en hospitales, curando enfermos, casi convertida en una maga prodigiosa de la medicina. Quería llegar corriendo a su casa para dar la noticia a sus padres; llegó a la parada del autobús, la espera se le hizo más larga que otros días, y la circulación, ¡no digamos!, el embotellamiento era enorme. Por fin llegó a su casa. Subió corriendo la escalera, le faltaba el oxígeno, llamó al timbre varias veces. Salió su madre, con cara de preocupación y con el dedo índice puesto en la boca. Asombrada llegó al salón, su padre estaba escuchando la radio. Un mal presagio recorrió su cuerpo. Antes de poder dar la buena nueva, su padre exclamó: "¡La guerra ha estallado!" Agnes se derrumbó en un sillón, el pesimismo turbó su mente por unos minutos, pero enseguida reaccionó y puso en orden sus ideas, no había tiempo que perder. Explicó aceleradamente a sus padres que ya tenía su deseado título y que iba a ofrecer sus servicios. Se dirigió a la capitanía. La enviaron a una guardería de niños. Cuidaría de ellos y cuando sonaran las alarmas tenía que hacerse cargo de dos niños y salir corriendo hacia el refugio. Pasó dos semanas cumpliendo con la labor que le habían encomendado.

Una tarde sonaron como siempre las alarmas, cogió los niños que tenía asignados y echó a correr. No pudo llegar, la metralla los alcanzó, cayó de bruces en la calzada con un niño a cada lado, como dos ángeles custodiando su cuerpo. El aullido de un perro se oyó a lo lejos como rúbrica a un triste final.

La crueldad de las guerras no se puede describir. El esfuerzo de años de Agnes quedó destruido en unos segundos, en unas frías baldosas, sus ilusiones y añoranzas

María Papelotes